

# Acuérdate de Acapulco

Rosa Beltrán

*A través de una vívida remembranza de Acapulco en su apogeo como destino vacacional, la autora de La corte de los ilusos (1995) y El cuerpo expuesto (2013), entre otros libros, traza el perfil de una generación que ha visto cómo se transforma un paraíso en purgatorio.*

Durante mi infancia y adolescencia Acapulco era el lugar del que todos hablaban cuando hablaban del paraíso. Los hijos de la clase media mexicana nacidos en los años sesenta escuchamos de nuestros padres y parientes los relatos más diversos sobre el delirio hollywoodense por el puerto, sobre vacaciones de ensueño o sobre su luna de miel, invariablemente trágica y atesorada como una valiosa pieza de arqueología conyugal. Todo había empezado allí. Las mujeres llegaban vírgenes al matrimonio —o eso decían— y por tanto Acapulco era la ilusión del amor, la pérdida de la inocencia y el drama de la primera noche de bodas. Flores y desfloración en un intrínquilis indisoluble; pasión entonada por cantos de aves canoras y música de tríos, promesas y pavor, todo junto. El mito va así: hasta antes de que irrumpiera el tecnicolor, en los sesenta, antes de la noche crucial ninguna mujer sabía bien a bien cómo era la cosa. Con la tensa ansiedad del clavadista antes de tirarse al vacío, esperaban la noche específica, el “Día D” en que saldrían del baño a la habitación de un hotel vestidas con negligé (eran los años de los tules cortos y coloridos, adornados con azares) y se lanzarían a la ola furibunda que rompe entre piedras. Sabían que arrojar al mar de esos besos y abrazos era nada menos que la consumación del momento más importante de su metamorfosis: del capullo de muchacha a la vida de esposa. Pero el *perfor-*

*mance* no era tan sencillo como se podría pensar. Había que mostrarse al mismo tiempo tímida y sensual, había que ir de gorrión a vampiresa.

A la hora de la hora todas habían sido infelices. Cada una a su modo, como diría el conde Tolstoi. Pero eso no terminaba con la luna de miel en Acapulco como promesa.

Se llegaba en coche. Ocho horas infernales; 450 kilómetros de carretera de un solo sentido con varios intentos suicidas por rebasar jugándose la vida. Deslaves. Piedras. Algún letrero de “cruce de ganado” y en momentos en que no había letrero, borregos cruzando o una vaca echada en medio del asfalto. Curvas infinitas. Autos detenidos por fallas, porque algún miembro de la familia se había sentido mal, por obstáculos hallados en el pavimento, por cualquier causa. Agobio. Asfixia. ¿Cuánto falta? Disfruten el paisaje. ¿Cuánto falta? ¿Es lo único que saben decir? Ya se calentó el radiador. ¿Cuánto falta? Después de una eternidad, por fin un olor a pescado descompuesto, a mangos podridos, calor.

Una vez en el paraíso, se cumplía con el ritual matutino de la clase media vacacionista: todos los miembros de la familia salían de sus cuartos de hotel o de sus “bungalows” cargando cada uno su toalla, chanclas, algunos visor, los más pequeños llantas inflables que sus padres les ponían alrededor de la cintura y en

la mano libre algún juguete de playa: por lo general una cubeta y pala para repetir, a su modo, el intento de san Agustín de vaciar el mar con una concha. Las mamás llevaban enormes bolsas de paja de colores con un montón de enseres y protector solar Coppertone, el único que existía y que se anunciaba en espectaculares de un modo que hoy sería políticamente incorrecto: con una niña de coletas de unos ocho años en bikini a la que un perro faldero le bajaba el calzón. El objetivo era que se notara el contraste de color entre la piel cubierta y la expuesta por el protector que, a pesar de serlo, permitía un bronceado perfecto. Años después nos enteramos de que la niña que posó era nada menos que Jodie Foster, quien llegaría a romper algunos paradigmas sobre sexualidad. Pero entonces no sabíamos ni lo que eran los paradigmas.

Se rentaba la sombra (¡sombra!, ¡mi reino por una sombra!) que venía en forma de palapas que todavía eran de techo de palma tejido en un tronco grueso de árbol; se rentaban hamacas de yute que picaban por la piel sensible o ya quemada; se rentaban las sillas de madera gastada por el continuo choque del viento y la sal con respaldos reclinados hacia atrás; se compraban refrescos —Yoli de limón y cervezas los señores—. Qué bonito era contemplar el agua azul índigo en primera fila; nada de los tumultos de Caleta (ya entonces Calcuta) o de Caletilla. Eran los años setenta y la moda era ir a la “zona dorada” que aún no era gay.

Cada uno había venido a vivir su propio Eleusis. Conversábamos u oíamos conversar a los otros; veíamos o éramos vistos. En la playa, todo mundo es *voyeur* consciente o a su pesar. Se vendía agua de coco, jícamas en vasos, papas con salsa Búfalo, todo el tiempo los vendedores ofrecían el abulón, el ostión, el callo de hacha fresquecito recién pescado y puesto en unas cubetas inmundas con agua salina; hamacas, pulseras y aretes de plata que sacaban de una cajita negra de terciopelo y que abrían de golpe frente a ti con el gesto del exhibicionista con gabardina que de pronto muestra algo prohibido y secreto. Vendedores con folletos que ofertaban paseos en lancha y prometían llevarte de una punta a otra de la bahía o a la Roqueta, esa isla donde estaba el burro que bebía cerveza mientras te tomabas una foto. Cerveza tras cerveza el pobre burro y las gringas felices sin pensar en la hidropesía sino sólo en su foto del recuerdo. Vendedores y vendedores ofreciendo cámaras de llantas, llaveros, cortaúñas, recuerdos de todo tipo; lancheros que programaban ir a la pesca del marlin, del pez vela, subir en el *parachute*, tomar una clase de buceo poco profundo, conocer los arrecifes de coral, el pez payaso, los pecesitos que te muerden los tobillos como si te dieran besitos. Todos los vendedores parecían estar ofreciendo más bien otra cosa. Si estabas en esa espe-

cie de limbo previo a volverte mujer —ya que la preadolescencia no existía— tenías que “cuidarte, cuidarte, tener muchísimo cuidado con los acapulqueños, en particular los lancheros”. Había que huir de ese espécimen como de una aguamala.

Mientras te cuidabas y decías no gracias también llegaban vendedoras, muchas vendedoras, con niños o sin niños, una tras otra. Mujeres morenas de pantorrillas bien marcadas, caminando en chancas, llevando por encima del hombro sus mercancías: vestidos de playa, camisetas impresas con el cuerpo de una mujer voluptuosa en bikini que te hacía parecer ella si te la ponías, batitas y trajes de baño de tallas inverosímiles con forros en el brasier porque no eran los años de la anorexia; aceite de coco, crema de concha nácar, cajitas con caracoles y conchas incrustados de un abarrocamiento que ni en sueños, tamarindos de a cinco por cien.

Saltábamos olas. No hubo quien no tragara cantidades industriales de agua salina, suficientes para cauterizar cualquier herida que hubiera podido tener dentro del organismo. Siempre que se hablaba de Acapulco aparecía el asunto del ahogado o de otro que quedó tetrapléjico. Al mar había que tenerle respeto. Nosotros nadábamos en las playas de olas no tan altas como la Condesa, y aun en ellas pasaban cosas.

Un hermano de mi papá perdió el anillo de bodas y siempre que pasábamos por la piedra en forma de rana que está en la Panorámica, bajo el hotel Las Brisas —que aún no conozco pero del que se contaban las historias más inquietantes: cambios de identidad y ocultamientos: “Lo que te vende el hotel es *privacia*”, decía mi tía en tono recriminatorio, como si con esa palabra implicara que habían cometido con ella el crimen perfecto—, le echaba en cara al tío lo del anillo y él siempre respondía que mandar a hacer otro como ella quería no tenía sentido, se había perdido el original y, por tanto, el símbolo.

Pensar que éstos eran los peligros de entonces, hoy me hace sonreír. O más bien llorar. Ahogarse era un peligro ínfimo junto a los de hoy. Ahogarse o tener un accidente de noche en la Panorámica o en la Costera o sufrir un asalto en una discoteca o “acabar muy mal”, borracho o cruzado por alcohol y drogas o embarazando a una gringa o embarazada tras una noche de copas, una noche loca, como cantaba María Conchita Alonso. Pero esos males de un modo o de otro, dependían de uno, más o menos. La expulsión del paraíso no era sistemática, sino extraordinaria, y aun para los hijos de Adán y Eva la promesa de poder quedarse en él mientras duraban las vacaciones y salir indemnes era más que suficiente. Bastaba con saber lo que sucedía de noche en el Baby’O, en el UBQ (ubiquiú), en Le Dome, en Boccaccio con su

pista de seis metros cuadrados donde bailaban cien con luces estroboscópicas como si lo hicieran en cámara lenta; en el Ciro's del Hotel Casa Blanca, en Armando's le Club, muy exclusivo y lo que quieras pero donde los hijos de políticos se metían varias líneas de coca igual que sus guaruras armados y donde adulteraban las bebidas o eso decían porque ahí nunca me dejaron ir. Era menor de edad.

Miles de leyendas pero a fin de cuentas Acapulco como el lugar del amor. París estaba muy lejos en distancia y presupuesto pero, sobre todo, en actitud hacia el mundo: en México en los sesenta y hasta los setenta se vivía en un estado de relativa paz social (pese al río subterráneo de autoritarismo y represiones; pese a Genaro Vázquez, a Lucio Cabañas, al 68; pese a la insurgencia y los operativos para desaparecer la guerrilla). Era la séptima u octava economía del mundo, y tanto, que cuando un miembro de la clase media salía fuera del país, de broma, los demás le decían “¿Y qué se te perdió por allá?”.

Gracias a la imagen de Acapulco proyectada por Hollywood y más tarde al impulso de la propaganda alemanista las historias de amor se escribieron allí. De Agustín Lara y María Félix, a los Kennedy en 1953, a *La dama del Shanghai*, que dirigió y protagonizó Orson Welles, a quien todos envidiaron que fuera marido y anduviera de luna de miel con Rita Hayworth en Acapulco. Elizabeth Taylor y Debbie Reynolds, Mike Todd, Eddie Fisher, Rock Hudson y su flamante

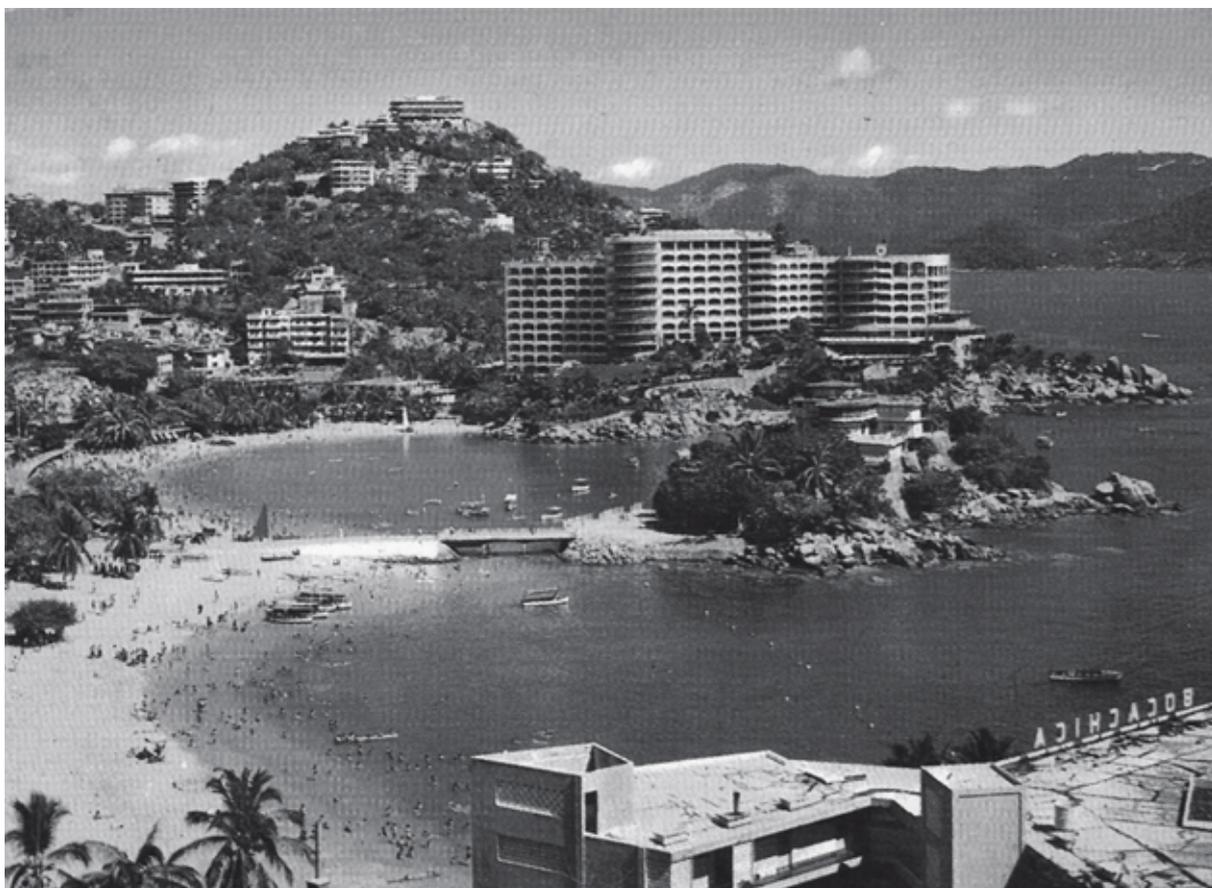
esposa Phyllis Gates. Elvis Presley filmó con todos los lugares comunes, incluido él mismo, de matador, *Fun in Acapulco*, pues eso era exactamente lo que obtenías si ibas ahí. Pero el premio gordo y máximo emblema de lo paradisiaco era Johnny Weissmüller, *Tarzán de los monos*, quien pasó sus últimos años convencido de ser el mismísimo Tarzán, tratando de emitir el portentoso grito que en realidad era un producto sonoro hecho en los estudios de cine, una mezcla de hiena, camello, violín, una soprano y el propio actor.

Acapulco eran esas historias que oídas se sumaban al recuerdo de lo vivido y a algo más. A literatura escrita sobre y desde el paraíso: *Se está haciendo tarde (final en laguna)*, mi libro favorito de José Agustín, y *Acapulco*, de Ricardo Garibay, por mencionar sólo dos de los mejores.

Y bien: ¿qué se hizo el rey Don Juan? Los infantes de Aragón, ¿qué se hicieron? Qué fue del mito de modernización alemanista plasmado en Acapulco. O es que no hubo modernización. O a costa de qué otro Acapulco se construyó. Hoy es el conteo de muertos la nota que oculta la imagen anterior de ese paraíso. Muerte en la Costera, en el mercado Chilpancingo, en los fraccionamientos y bares, en la periferia.

Acapulco: el símbolo de lo que pudo ser.

Los fuegos de artificio con que cientos de turistas todavía se reúnen a despedir el año frente al mar acaso sean el largo adiós a la tierra de Nuncajamás que no acaba de morirse. **U**



Tarjeta postal de la bahía de Caleta, Guerrero